

Edad de hierro, de Antonio Silvera*

Selnich Vivas Hurtado

Novelista colombiano

A Martica, a quien aún la poesía colombiana no logra entusiasmarle.

“Nuestra misión consiste en lograr que esta tierra provisional, caduca, tenga un sello tan hondo, tan doliente y apasionado que su esencia vuelva a resurgir invisible en nosotros”.

R. M. Rilke

Hablar de poesía, en este “tiempo ferruna”¹ (p. 23), en este tiempo adverso, es vergonzoso y contradictorio. “El país del viento”, como la denominó Aurelio Arturo, iza con pasmosa excitación los cadáveres de la guerra, mientras algunos, nosotros, protegidos por las paredes de la Universidad, por los escudos de la lectura, se enredan y embelesan con las viejas y eternas discusiones sobre lo que es y no es poesía. Pero no en vano, pues este fin de siglo es también la época propia del “exilio del sol” (O. García, *De huesos y ceniza*). No se refería solamente a la época de los crímenes que cometen y padecen los colombianos, sino a “La noche del mundo”, como la llamó Heidegger siguiendo a Hegel. Para este último hubo un tiempo muy remoto, en que el “sentido del cuanto *es* radicaba en el hilo de luz que lo unía al cielo”. Walter Benjamin supuso que el final de esa era de unidad con la divinidad terminó cuando

la técnica despojó al arte del aura que todavía acercaba al artista y al creador. La reproductividad técnica, la producción en serie, la vanalización de la vida, incluyendo la muerte, confirmó la certeza de que la luz de las estrellas ya no iluminan a todos los hombres.

En esta edad de hierro, ahora sí la colombiana, renace el interrogante del poeta alemán, ¿para qué la poesía? Para qué la poesía en tiempos de penuria, de indigencia, se preguntó Hölderlin en su famoso *Brod und Wein*. ¿Pertenece esa inquietud fundamental sólo a los poetas de lengua alemana, en tanto ella nace y se funda una tradición que va desde Hölderlin hasta Rilke? ¿O es ella parte sustancial de cualquier verdadera creación poética que se arriesgue con honestidad y formación en un mundo en el que la vida misma vale menos que el arte, algo absolutamente desechable? ¿Penuria intelectual e indigencia crítica, cabría decir en el ámbito colombiano, dominado por el amiguismo y el elogio gratuito?

La poesía no sirve de nada en “la ciudad avara” (p. 13). No se escribe para oponerse a la técnica o a la ciencia, porque sería un verdadero acto de imbecilidad; tampoco puede detener la guerra de “electrones y neutrones dispersos” (p. 30). Aunque se vista de armadura, tiene la batalla perdida. Y en esto radica su esencia: el fracaso, que da conciencia de la fal-

*Presentación del libro *Edad de hierro* (El Astillero, 1998) del poeta barranquillero Antonio Silvera, Universidad Central, Sala Fundadores, junio 1 de 1999.

¹Todas las citas están tomadas de esta edición. Se indica sólo el número de la página.

ta en la que se encuentra la condición humana. El fin de la poesía es cantar lo triste, lo que ya no tiene remedio, pero no para resarcirlo, sino para no olvidarlo. “Ya no hay princesa que cantar”, anotaba Rubén Darío; nada nuevo, porque Homero ya había advertido con más de veinte siglos de anticipación que “los dioses tejen desgracias para que a las nuevas generaciones no les falte algo que cantar”.

En estas notas se canta la *Edad de hierro* de Antonio Silvera. En cada poema se tejen el desconcierto y la promesa, la desconfianza y la ilusión, la pérdida y la evocación. “Lo que pretendo no hallaré,/ mas sé que un día estuvo en mí.” “Son las nostalgias mis ilusiones:/ ya lo perdido es mi porvenir” (p. 18).

En el poema de Silvera hay consciencia del “fracaso” (p. 13). La voz que canta también se entrega al “trajín cotidiano” (p. 14), trata con el amigo que infama (p. 17), pero, a la vez, le pide al corazón que “sólo emita” “palabras cálidas” (p. 17). El autor llama la atención del lector en el epígrafe con las palabras de Adso de Melk, quien asevera que el “mundo anda patas arriba”. Antonio, páginas más adelante, reta a ese mismo mundo, mediante un conjuro, a que salga de su interior: “En nombre de todos mis tesoros/ de los fantasmas verdes de mi infancia./ Sal” (p. 19). Le invita, en otras palabras, a ordenarse.

Pero, ¿por qué apuesta el poeta su infancia con la Edad de hierro, un tahúr profesional? ¿Hay algo especial, lo suficientemente poderoso, en los “fantasmas verdes de mi infancia”, como para ordenar el mundo patas arriba, los tiempos de penuria, de indigencia? ¿Algo similar a lo que entusiasmó a Arturo con “un largo, un oscuro salón, tal vez la infancia”?

El poeta goza del don de la evocación, recuerda, siente nostalgia. En las lenguas occidentales evocar es traer a los espíritus, a lo muerto y pasado mediante conjuros e invocaciones. Es reactivar el espíritu, ponerlo en trance. En la *Edad de hierro* de Silvera se

convoca a la infancia, a la ingenuidad primera, en la que el “hilo de luz” unía con el cielo, en la que el hombre es parte de la Naturaleza. La gran poesía, pienso en las *Elegías del duino*, el *Canto general*, *El archipiélago*, *Morada al Sur*, aspira a ese reencuentro, a esa neutralización, como la entiende Heidegger. Con el recuerdo se alcanza el equilibrio entre lo que *es* y lo que *aparenta ser* o se nos presenta como *cosa verdadera*, siendo engaño.

La poesía no está obligada a razonar como la filosofía. Cuando lo hace ex profeso, se atafaga, se acartona; acumula conceptos, intenciones expresas, cae en los moralismos y muchas veces en los peores moralismos, que son los moralismos intelectuales. Mas la poesía, como recuerdo de la esencia primera, describe la condición humana frente al resto de la creación, habla del origen, del momento anterior a la toma de conciencia, anterior al pecado, cuando aún se encontraba en el útero de la Naturaleza. El poema no redime. Tampoco pide plata, no es un negocio. Tiene un compromiso: cantar lo sagrado de lo funesto. Sacar lo revelador de lo oscuro. Resucitar, aunque sea de manera invisible, la esencia del mundo.

La poesía de Antonio Silvera es original porque habla de ese indeterminado origen, de instante primigenio de ingenuidad de la conciencia. No refiere ningún mito fundacional, tampoco se asoma por sus versos el nombre de un dios. Simplemente nos recuerda que en nosotros persiste el “cromosoma alado”, es decir el cantor, el poeta, que “se piensa y canta”, encaramado “en una rama del níspero”. “Ciertamente su canto es un vestigio,/ lo que fuimos un día:/ una parte del cielo interminable/ y no la tierra avara y su violencia” (p. 27). Este cantor es un creador de antaño, tal como el “niño que juega/ aun entre despojos :/ al que bastan dos piedras para inventar un mundo” (p. 20). Por este cantor creador, cree el poeta, todavía es posible intuir el “rotundo arcano”

(p. 29), el meta y el punto de partida, lo presente y lo pasado.

El pájaro fue creado de “una materia ajena a nuestro barro” y recubierto de algún blindaje especial, porque a pesar de la guerra, del hollín que paraliza sus plumas, “se posa sobre el árbol desgrefinado de la autopista y canta” (p. 31). Esta máxima puede ser, de acuerdo con la metáfora, aplicada a todas las especies animales y vegetales. Si el árbol desgrefinado se resiste como el pájaro, es porque en él hay algo que todavía le anima a mantenerse erguido, aferrado al mundo.

En la edad ferruna se le teme a la pérdida de origen. Más que a la “guerra inocua, sin héroes ni ideales” (p. 30). En el poema lo conocido que se olvida o que ha huido, como el dios, el hogar, la infancia, es más espantoso que lo desconocido. Tal vez lo desconocido esté reservado a la narrativa, pues en el poema no hay tiempo de experimentar o curiosear, apenas se tiene tiempo y espacio para concentrar la imagen del recuerdo.

La nostalgia por las cosas del pasado da sentido al efecto del poema. Basta leer *Vestigios de la infancia* (p. 36) o *Demolición* (p. 40). En el primero todo lo que “subsiste en el poema” es la cometa, el pájaro, la honda, la pelota. En el segundo, lo que duele no es el ser olvidado por los otros, sino el hecho de que hubieran demolido la casa “donde mi infancia fuera”. La arqueología ha dicho que hasta un tiesto tenía sentido para los hombres primitivos, cada piedra con filo era un verdadero acontecimiento, un descubrimiento digno de cuidado y recuerdo. El sentido común y los regaños de la infancia nos refieren que para los abuelos, los antiguos, según la expresión popular, una casa tenía sentido, era familiar, algo cercano y de mucho valor. Sobre ella se volcaba todo lo humano. Lo mismo que se lo volcaba sobre un radio viejo, un juguete, un vestido.

Edad de hierro es nostalgia, precisamente, porque hoy el ambiente natal tiende a

desaparecer. En donde nace un niño, no crece el hombre. Las experiencias cada día son más veloces, impersonales, frías, ferrunas. Domina la televisión, las antenas, los aviones y las metralhas (p. 23). Es canto nostálgico, además, porque la nostalgia es la única arma que nos queda para pensar esa unidad primordial. El tornar a lo que *es* es una arma no metálica, antigua y eficiente: la memoria. Antonio Silvera se enfrenta a lo cotidiano, a la noche del mundo, al “tiempo de abogados”, como también lo define, “sin adarga, / sin manes ancestrales”, pero armado de memoria y de un sentido ético del mundo, que es insólito en un medio tan degradado y corrupto como el nuestro. Donde el poeta dice a veces (p. 13), puede leerse raras veces, es decir, momentos especiales, en los que su odio hacia el mundo se vuelve cariño y asombro por los hijos, por la amada. Donde dice recuerdo, es permanecer en la memoria, no un acto volitivo, sino un acto esencial.

“¿Y qué voy a cantar en este tiempo adverso?” (p. 23), grita el poeta, como ocultando su rabia visceral, pero advirtiendo a la vez que su voz entona, en secreto, con regocijo, los cantos de Noé, en los que se enorgullece de su envidiable don (p. 58):

*Un singular designio
me eligió entre los hombres
para velar sus huesos
hasta que baje el agua.*

*Entonces abriré la jaula de los pájaros
y el cascabel por siempre sonará entre tus pechos.
Todo será milagro.*

¿Valdrá la pena cantar en este tiempo adverso? Vale la pena que la voz de Antonio Silvera no se apague, por lo menos para que tornen pájaros al árbol desgrefinado. Que no lo agobie nunca la podredumbre, lo ferruno, sino el reencuentro con la lluvia, el arcoiris, la esperanza. Que detrás de las puertas no encuen-